

La Mañana



Susana AZPIAZU

1^{er}. Premio "Ereintza", 1.991 . Para cuentos en castellano, para menores de 25 años .

Ella se levanta para vestirse y el hueco que deja a su lado se presenta como una punzada de frío, la ausencia del calor que es su cuerpo tibio envuelto en las mismas sábanas que le envuelven a él . Aunque el sueño le golpea aún las sienas, llega hasta su mente el pensamiento más lucido que ha de tener en todo el día, y se siente harto de ese frío despertar, tan igual a todos los que recuerda, y se siente cansado de repente, tan cansado que piensa que su mente ya no será capaz nunca de separarse y volar por encima de su cuerpo, porque el peso de su cabeza es el peso de sus pensamientos, y también éstos cargan ahora con el peso del resto de sus miembros, quedando todas las partes de su cuerpo perfectamente simbiotizadas . Saber que al desarrollar una sola de sus ideas pondrá automáticamente en marcha todo el mecanismo físico de su cuerpo le abrumba, le inmoviliza sobre la cama . Por eso, apenas si tiene los ojos abiertos mientras ve (porque no puede evitar que sus ojos se posen sobre ese punto móvil, levemente móvil; porque no ver le supondría un penoso esfuerzo de concentración, y, así, se deja arrastrar por la visión cimbreada y borrosa) cómo ella estira los brazos y se contorsiona discretamente para aliviar el embotamiento de sus músculos, la curva suave y blanca que dibuja su columna sobre la espalda, la piel desnuda violada en la mitad por largos mechones de cabello lacio; y todo esto se le antoja parte de un sueño reciente, tal vez soñado esa misma noche, o quizá traído de nuevo desde algún rincón del pasado, una imagen repetida hasta la saciedad en su recuerdo .

Ella hace mucho tiempo que está despierta, pero no se decide. Su espalda roza el aliento de él . Las piernas, entrelazadas bajo las sábanas, unas encima de otras .

Quiere más cercano el calor del otro cuerpo y se arrima a él . Siente su pecho subir y bajar, al mismo tiempo nota su respiración caliente contra su nuca .

Piensa en sus pies descalzos deslizándose sobre el suelo y un escalofrío corta el tibio sabor del vaho recorriendo su espalda .

Y entonces, siente algo parecido al desamparo y como un vago bienestar junto a quien mantiene, con el suyo propio, el calor de su piel desnuda .

Al momento, la luz . Surge de pronto ante sus ojos, o es ahora cuando la perciben, trágicamente . La luz le grita cosas que ella no quiere saber . Porque quiere borrarlo todo, recordar sólo lo que fue dicho la noche anterior . Aunque tampoco tiene conciencia de haber

hablado y, sin embargo, recuerda como una conversación, una larga conversación, y una fuerza viva y tangible manando de ella, un mutuo entendimiento casi perfecto, una sensación de alivio, una paz olvidada en los días de un pasado cerrado, olvidado a su vez . Recuerda todo esto de la noche, pero no se acuerda de haber hablado, sino sólo de haber escuchado . Y de haberse dado entera en su escucha .

Luego se desató la lucha . Una batalla sorda y larga, donde cada uno había intentado robar al otro algo del calor que le faltaba, expuesto salvajemente en la mirada de ambos, arrancado y devuelto, finalmente compartido .

Pero la mañana está gritando que no. Su luz despeja el sueño en su cabeza, la insta a levantarse y abandonar el terreno acotado durante la noche. La luz llena ahora todos los huecos en la habitación. No deja un solo espacio para ella. Por eso decide levantarse.

Ahora la ve levantarse: un temblor imperceptible a través de sus hombros, luego tiene frío. Fuera debe de hacerlo. Tiene ganas de decirle que se quede un rato más, pero no lo hace. En realidad, algo le impide creer que ella se va a ir y le va a dejar solo otra vez, otra vez, como todas las otras veces, como todas las otras mujeres, algo le dice que esta vez todo puede cambiar, seguramente se lo diga, se lo podría plantear, él quiere que todo sea diferente, quiere hablar, pero hablar se le hace pesado en la boca y no la abre. Calla, como ha hecho siempre.

Calla, y sabe que debería hablar, gritar, implorar.

Ella se despereza despacio.

Su piel se adapta despacio, trueca la sábana, el cuerpo, calientes, por la caricia helada del suelo de piedra, por el hálito frío de una mañana lluviosa.

No lo quiere. Y no debería hacerlo. Pero quedarse es imposible. Es como algo convenido. La conversación no tiene por qué cambiar las cosas. Aunque ya casi está segura de que el diálogo no tuvo lugar, de que no se dijo una sola palabra.

Pero es que existe lo inefable. Ella sabe que anoche algo fue desnudado antes que su cuerpo. Algo fue impactado, algo sangró. Y no hubo un solo grito, todo fue limpio y no dolió.

No quiere, y no intenta evitarlo. También la noche anterior sabía de su final, como supo siempre de todos los finales. No es distinto al resto de las noches

perdidas sin nombre, entregadas al vacío, acabadas al filo del día, esquivadas en cualquier encuentro con los recuerdos. Pero esta vez ha leído en los ojos del otro que su huida no ha de quedar impune, que la herida no se cierra tras la puerta.

Por primera vez, no quiere abandonar.

Titubea. No esperaba darse cuenta. Y se estremece, no tanto de frío como de miedo: un temblor cruza sus hombros. Abre la boca, pero ni un sonido quiebra el aire transparente del invierno en la habitación.

No sabe qué pasa por su cabeza cuando la ve vestirse, lentamente, con esa especie de indolencia pausada, pero es algo rayano en la exasperación, un calambre súbito que le inmoviliza, aún más si cabe, sobre las sabánas. Los movimientos que él espía le son ya tan familiares que por un momento piensa que el tiempo se ha detenido en ellos. Vuelve al preciso instante del que partió hace escasas horas, cuando, al abrazar ese cuerpo desconocido, quiso convencerse de que algo empezaba a cambiar, de que existía el Modo, la Forma de caminar sin tropiezos. O tal vez es algo que él se propuso y que exigió tácitamente a la noche y a la mujer, aferrándose a ellas como si fueran el último refugio, la última excusa para levantarse por la mañana y descubrir que ha desaparecido el amargo sabor del vómito en las comisuras de sus labios. El sabe que podía haber sido, que esta vez el silencio les había hecho cómplices de un sentimiento común, pero que ahora ese silencio ha perdido su razón de ser y debe despojarse de él antes de que ella le abandone. Porque ella se va - siempre igual - como ha sucedido siempre, como todas las noches cerradas tras de sí, bien por él, bien por el otro medio ser que las compartió con él. Ella, cuyo nombre no recuerda ya, se viste para marcharse, como todas las mujeres que él ha visto vestirse para salir a la calle muchas otras mañanas, porque nunca ninguna de ellas se quedó con él a esperar de nuevo la llegada de la noche, porque todas huyeron de él por la mañana, escapando de la luz como animales nocturnos. Pero esta vez él se siente sacudido y desea hablar, quiere decirle que ella no, ella no puede irse ahora, que todo ha sido distinto, pero le da miedo quebrar el silencio, mantenido hasta el amanecer como el único testigo, como su único instante real, el último fetiche, lo que quedará de ella después, cuando haya terminado de vestirse y se largue definitivamente.

Mientras se pone los pantalones, se lo va repitiendo. No quiere irse. Pero descubrirlo no cambia nada. Sus movimientos siguen siendo enérgicos. Nada delata el desasosiego de su interior.

Seguro que él no ha notado nada. Seguro que sigue dormido, que ni la echará en falta cuando despierte. ¿Y qué?. El no pudo saberlo. Ella no quiso decirlo. El no preguntó. Tampoco ella. Ella nunca dice nada, nunca pide nada. Para pedir algo tendría que estar dispuesta a dar y para dar tendría que buscar demasiado dentro, donde ya se sabe que tiene el acceso vedado.

Así ha sido siempre. Sólo ahora cree que no le gusta que haya sido así siempre. Sólo ahora sabe que nunca será de otra forma.

En la eterna disyuntiva, al borde de la última oportunidad, descubre que su palabra, la única que se ha aprendido, es la palabra del cierre, la de la negación, el rápido camino hacia una muerte en soledad: NUNCA.

Justo en el instante en que ella roza el pomo de la puerta, siente que algo se le ha roto, por fin, dentro de la garganta, y que un grito corre a toda velocidad desde su vientre por todo el cuerpo, buscando desesperado la salida al aire frío de la habitación. Pero entonces son los dientes los que le traicionan, apagando su estertor en el interior de su boca. El grito casi amargo al morir sobre su lengua. Es tan desagradable que siente rabia, y se propone el último esfuerzo: cierra los ojos y escucha una voz que reconoce como suya, pero de la que no guarda conciencia, llenando los huecos del día en torno a su cama.

- No te vayas.

Las palabras suenan congeladas en el momento en que la puerta cierra con un golpe que ha roto al mismo tiempo que ellas el silencio inviolable y sagrado de una nueva mañana de invierno.

